

13er Domingo Ordinario B/2012

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la vida y la confianza en Dios. Muestran que Dios es capaz de realzar la vida en nosotros y de destruir todo que lo disminuye. Ellas nos invitan también a confiar nuestras vidas a Dios porque él nos salve en el momento de necesidades.

La primera lectura del libro de Sabiduría afirma que nuestro Dios es Dios vivo. Por lo tanto, todo que él ha creado lo ha hecho saludable. Por eso, la muerte no viene de él, sino de la envidia del diablo que quiere destruir a las criaturas de Dios.

Lo que este texto nos enseña es sobre la fragilidad de la existencia humana que es constantemente amenazada por la muerte. Pero Dios es el maestro de la vida y su poder vence la muerte. Hay también la afirmación que por que Dios es eterno, él ha transmitido en todas sus criaturas la semilla de inmortalidad. Por lo tanto, donde la vida es amenazada por la muerte, Dios siempre puede dar la vida de nuevo a sus criaturas.

Este texto nos ayuda a entender mejor en el Evangelio de hoy en que Jesús levanta de la muerte a la hija del jefe de la Sinagoga y cura a la mujer que padecía hemorragia. En primer lugar, el Evangelio habla del caso del jefe de la sinagoga, llamado Jairo, cuya hija estaba agonizada. Aunque él viniera a Jesús en la busca de su intervención para la curación de su hija, esta finalmente murió. Pero, porque él mostró tanta fe, Jesús le devolvió la vida a su hija.

El segundo caso es sobre una mujer que gastó mucho dinero en la búsqueda de curación de su hemorragia sin éxito. Sus visitas a los doctores durante muchos años, en vez de traerle alivio, le costaron más dinero que ella podía permitirse. Al final, empujada por la fe, cuando ella tocó el manto de Jesús en medio de la muchedumbre, fue curada de su enfermedad. Como en el primer caso, debido a su fe, ella fue restaurada a la salud llena después de muchos años de sufrimiento y humillación.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es el poder de la fe. De hecho, es tan asombroso que en ambos casos descritos en el Evangelio de hoy, Jesús insiste en la importancia de la fe. Al jefe de la sinagoga, Jesús dice, “no temas, basta que tengas fe”. A la mujer sufriente, él dice, “Hija, tu fe te ha curado”.

Está absolutamente claro que la fe de la que Jesús habla en este Evangelio no tiene nada que ver con el conocimiento de Dios o alguna doctrina sobre Dios. Significa sobre todo una confianza absoluta en Jesús, que él puede librarnos de nuestros problemas y darnos lo que necesitamos. Por eso, la mujer enferma, en un gesto simple de confianza, vino y se acercó detrás entre la gente y tocó a Jesús con la convicción firme de obtener la curación. Y lo que ella quiso con todo su corazón, le pasó al instante. Lo mismo es verdadero con el jefe de la sinagoga que obtuvo la curación de su hija.

Tales ejemplos muestran que nada le es imposible a Dios. Sin embargo, tenemos siempre que recordarnos que la curación de la mujer enferma así como la resurrección de la hija de Jairo tienen un carácter de ejemplo. Por supuesto, la mujer y la muchacha fueron curadas y restauradas a la vida, pero ellos finalmente un día murieron. Jesús los salvó a fin de mostrarnos que él es el maestro de vida y muerte. Lo que él ha hecho con estas dos personas, él puede también hacer con nosotros, pero tenemos que confiar en él y creer en él.

Todo esto nos invita a hacer una distinción entre la vida terrenal y la vida en el cielo. Nunca deberemos olvidar que esas dos personas más tarde murieron la muerte física aunque Jesús

los salvo de su enfermedad. Esto es un signo que la muerte física se ha hecho parte de nuestra vida humana. Pero, no es la última palabra de nuestra vida. La última palabra pertenece a la vida eterna y la resurrección en la cual compartiremos.

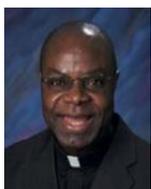
La esperanza para la resurrección y la espera de la vida eterna no debería empujarnos, sin embargo, a despreciar la vida presente en el mundo. En cambio, ellos deberían traernos para disfrutar la vida presente con sabiduría, sabiendo que aquí en la tierra, somos sólo peregrinos. Por eso, cuando Dios nos cura de nuestras enfermedades, él anticipa ya en la tierra la alegría que tendremos en el cielo.

¿Porque todavía estamos en la tierra, qué debemos hacer? Tenemos que ayudar el uno al otro tanto como es posible y aliviar los sufrimientos del uno al otro hasta el día en que compartiremos todos en la resurrección de Jesús en el cielo. Como apoyamos a nuestros hermanos y hermanas cuando ellos tienen problemas espirituales, también tenemos que apoyarlos materialmente en sus necesidades. Esto es el sentido de la carta de San Pablo que hemos oído en la segunda lectura en que él invita los Corintios a vivir en la solidaridad con sus hermanos en la necesidad.

El segundo punto que quiero destacar es sobre el tiempo de Dios. Como hemos escuchado en el Evangelio, era sólo después de muchos años y después de haber gastado tanta energía en la busca para la curación y después de haber gastado todo su dinero en la visita de los médicos que la mujer enferma se encontró con Jesús y fue curada. Del mismo modo, era sólo después de que la hija del jefe de la sinagoga murió que Jesús vino al pueblo y la levantó de la muerte. ¿Pero, por qué Dios intervine en nuestros problemas solo en el último minuto, cuando hemos agotado toda nuestra energía y fuerza?

Realmente no sé. Esto es un misterio grande que no puedo comprender con mi mente mortal y humana. Espero que un día, cuando el Señor me dé la posibilidad de verlo cara a cara, esta será una de las preguntas que le preguntaré. Lo que puedo decir, sin embargo, sin el riesgo de hacer el error y según mi mente humana, es que el tiempo de Dios no es el tiempo humano. El tiempo humano se refiere al calendario humano, el tiempo de Dios es eterno y detrás del cálculo humano.

Como el Salmo 90, 4 dice, “mil años parecen como un día antes del Señor”. Según este salmo, lo que consideramos como una eternidad de nuestros problemas es simple un instante ante Dios. Quizás gritamos y esperamos durante meses o años con nuestras dificultades con la impresión que esto dura demasiado mucho tiempo, pero para Dios es como resistente pasa sólo. En el tiempo de Dios, todo está siempre presente como si pasara al instante. Por eso, nunca deberíamos ser desalentados cuando luchamos con problemas y dificultades. Tenemos que confiar en Dios que acabaremos finalmente con nuestra miseria cuando su tiempo vendrá. Entonces, pidamos que Dios aumente nuestra fe y confianza en él. ¡Que él nos ayude a contar siempre con él! ¡Que Dios los bendiga a todos!



Sabiduría 1, 13-15, 2, 23-24; 2 Corintios 8, 7.9. 13-15; Marcos 5, 21-43

Fecha de la Homilía: el 1 de Julio, 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20120701homilia.pdf